

Reseña

FLORENCIA SCOLARO | flor.scolaro@gmail.com
FFyL-UBA/UNPAZ



Vivir una vida feminista

- Sara Ahmed
- Caja Negra, 2021
- Buenos Aires
- ISBN 978-987-1622-92-4
- 472 páginas

Vivir una vida feminista es un libro sobre las emociones. En este trabajo escrito en primera persona Sara Ahmed revisa cuáles fueron las circunstancias que la llevaron a elegir el camino del feminismo como forma de vida, haciendo referencia a su familia, su tía feminista y su recorrido por los espacios académicos.

Entendiendo el feminismo como una tarea para el hogar, Sara Ahmed hace referencia a situaciones dolorosas que tuvo que vivenciar durante su infancia, adolescencia y formación académica producto de su pertenencia étnica, su orientación sexual y su identidad de género. A lo largo de su trabajo trae de forma permanente a la vista del lector a la escritora Audre Lorde, quien fuera estadounidense, afrodescendiente, lesbiana y activista por los derechos civiles, como un modo de reivindicar la lucha de estas identidades que han sufrido la hostilidad y persecución de los denominados “hombres blancos”. Por ello, uno de los objetivos

del libro es liberar a estas figuras de las historias en las que se alojan, a partir de comprender que el feminismo debe partir de la interseccionalidad trayendo al ámbito académico estas historias de colonialismo, raza y violencia.

La autora sugiere un análisis en tres partes donde condensa una serie de ideas que se van concatenando a través de los capítulos que componen cada apartado.

En la primera parte, explora el proceso de “Hacerse feminista”, entendiendo que la reflexión sobre el proceso puede ofrecer un modo de producir teoría feminista. Los descubrimientos sobre la raza y el colonialismo enfrentan con el mundo, por tanto, ser feminista es enfrentarse con el mundo. Aquí Ahmed reflexiona sobre su niñez, regresando a un pasado plagado de situaciones violentas relacionadas con el sexismo, entendiendo que el proceso de socialización de una niña está atravesado por

un conjunto de prácticas violentas. De esa forma, hacerse feminista es volver sobre el pasado para poder poner en palabras la violencia a la que las féminas son sometidas, y comprender que algunos cuerpos racializados son más factibles de sufrir la violencia. Así, las feministas racializadas son las encargadas de explicitar las formas en que el poder opera a través de la direccionalidad y orientación que deben asumir ciertas vidas, por ello se las considera conflictivas, agresivas, molestas y voluntariosas. En este punto, Ahmed introduce dos conceptos fundamentales que estructuran este libro: el de “feministas aguafiestas” y el de “voluntariosas”, asumiendo que en muchas ocasiones se nombra a las feministas de manera peyorativa. La autora invierte los conceptos y los convierte en sinónimos de lucha, advirtiendo que su apropiación por el feminismo debe tener por objeto enmarcar la lucha y la resistencia del movimiento. Las aguafiestas son entonces, las encargadas de venir a cuestionar las formas culturales asumidas por el pensamiento heteronormado como la heterosexualidad, el matrimonio, la crianza.

En la segunda parte, “Trabajo de diversidad”, Ahmed reflexiona sobre el ámbito laboral donde se desempeña, las universidades. Allí, se detiene sobre las configuraciones del poder en los ámbitos universitarios y los usos que se hace del vocabulario de la igualdad y la diversidad para el sostén del *statu quo*.

Menciona la “falta de traducción” como una brecha entre un compromiso simbólico y una realidad vivenciada. En este sentido, la igualdad y la diversidad aparecen como máscaras creando una apariencia de transformación inexistente. Entiende el trabajo de diversidad en dos sentidos imbricados, en primer lugar, como modo de cambiar las instituciones, y en segundo lugar, se hace trabajo de diversidad cuando no se termina de habitar una institución. En ocasiones, las trabajadoras de la

diversidad chocan contra lo que Ahmed denomina “muros de ladrillos” que no son otra cosa que construcciones de poder al interior de las instituciones. Las mujeres racializadas entonces, deben asumir la tarea de cuestionar estas normas, valiéndose de sus experiencias y hurgando en las de otras teóricas feministas.

En la tercera parte, “Vivir con las consecuencias”, la autora medita sobre las implicancias de asumirse como feminista, no solo en relación con el cansancio que conlleva dar la pelea, sino también con lo que llama “el quiebre feminista”, es decir, la ruptura con lazos o situaciones que hacen daño, introduciendo al feminismo lesbiano como el lugar donde construir voluntades, desde donde colocarse para levantar la voz. Los brazos de las personas queer aparecen engarzando historias, construyendo la historia, son brazos voluntariosos expresión de la interseccionalidad de la que debe empaparse el feminismo.

Forjarse como “aguafiestas” en ocasiones puede hacer la vida más difícil de lo que debería, para sobrevivir al desgaste, no solo en términos de mantenerse vivo, sino también con el objeto de reavivar la esperanza y sostener la puja. Ahmed construye un kit de herramientas para la feminista aguafiestas entre las que se destacan libros de otras autoras feministas como Judith Butler y Marilyn Frye; cosas personales como un papel con una reflexión importante resultado de alguna reunión; herramientas como un teclado donde pueda continuar transmitiendo sus reflexiones; el humor para alivianar la carga; y lo más importante a otras aguafiestas, con las que podamos reconocernos y encontrarnos. En relación con esto último, Ahmed aporta un manifiesto político cuya idea sintetizadora es no hacer de la felicidad su causa si esta abona a invisibilizar la violencia. Aguar la fiesta es entonces, alzar la voz, tejiendo conexiones en la búsqueda por crear nuevos mundos posibles de ser habitados.